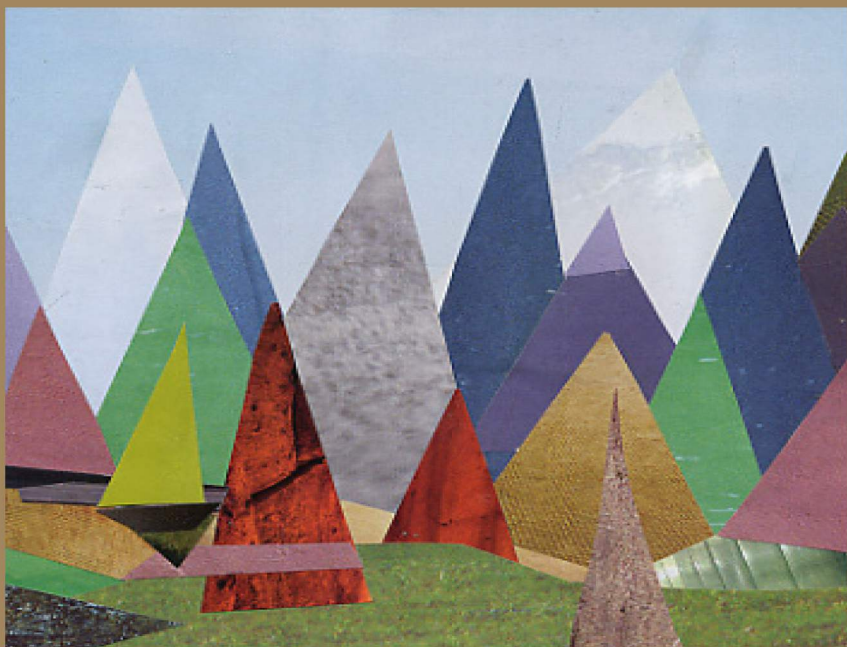


Manela *(Entre fronteras)*

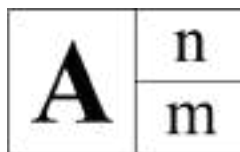
Josep Enric Dallerès



traducido del catalán por

Carmen Pérez-Sauquillo Conde

Manela
(*Entre fronteras*)



Anem editors

Manela
(Entre fronteras)

Josep Enric Dallerès

Traducido del catalán por
Carmen Pérez-Sauquillo Conde

© del texto: Josep Enric Dallerès, 2016

Título original: *Frontera endins* (2007)

Primera edición en lengua castellana: noviembre 2016

Diseño y maquetación: Oliver Vergés Pons

Editado por ANM Editors

© Anem editors

Impreso en Gràfiques Andorranes

Av. Fiter i Rossell, 30, subsòl

AD700 Escaldes - Engordany

Principat d'Andorra

Dipòsit legal: AND.451-2016

ISBN: 978-99920-65-06-8

Todos los derechos reservados.

Sin autorización escrita de los titulares del copyright, quedan rigurosamente prohibidas las reproducciones totales o parciales de esta obra a través de cualquier procedimiento.

A mis padres

La casa, parte esencial del paisaje, es de las de siempre, con tantos siglos como años tiene el valle. Está tan arraigada a la tierra, que corren leyendas que la vinculan a la misma creación del pueblo. Abarca todo el lateral de la plaza que confronta con la iglesia y desde la balconada, puede seguirse la sombra silenciosa de la ancestral aguja que marca el silencioso y huidizo trascurso de las horas del reloj de sol del campanario que se alza, pesado, sobre su base cuadrada al lado de la fuente.

Fue casa de gente pudiente. Aún hoy es casa importante, con prados extendidos por todo el valle y cantidad de bancales, huertos y huertecitos, con cabezas de ganado suficientes para no pasar hambre, y mozos y pastores que viven en la casa porque, aunque como parientes pobres, son parte integrante de ella.

Durante esta noche de cambio de siglo, nadie, sin embargo, cierra un ojo en la Casa Grande. Tampoco lo hacen en las casas del vecindario: al ama, justo en el momento de subir al dormitorio, le han venido los primeros dolores, cuando iba a echarse en la cama. El amo, aunque se ha visto en todo tipo de situaciones, se ha asustado, ha alertado a todo el mundo, ya que el último parto de la mujer, cuatro años antes, no había ido nada bien: la criatura nació muerta y el ama sufrió mucho.

Durante toda la noche se suceden idas y venidas por toda la casa y ni un momento deja de hervir el agua en el caldero ubicado en las brasas de la chimenea de la cocina.

El café se destila llenando jarras, para ayudar a superar el paso de las horas y es justo cuando, acabada la noche y despuntando la luz del día, se escucha como un estallido, el llanto tan esperado.

Una vecina baja para decir que no ha habido complicaciones, que es una niña muy, muy hermosa, que sin embargo la madre está muy agotada y que si el amo quiere subir a ver a madre e hija, es ahora el momento.

En la cocina, mozos, vecinos, cuñado, y por lo tanto tío de la criatura, respiran profundamente. La espera ha acabado.

Apenas ha pasado tiempo cuando el padre regresa satisfecho y con el rostro risueño, abre un lado de la alhacena y saca una botella de aguardiente.

—¡A la salud de todos! ¡de la nena! ¡de la madre... y de nosotros que bastante nos lo hemos merecido... Bastante nos lo hemos ganado, toda la noche empujando... Empujando... Hemos hecho... ¡Hemos ayudado para que venga con el nuevo siglo!

Todos alzan vasos y tazas, alegres, contentos, sin hacer demasiado ruido. No son gente propensa a hablar mucho. A pesar de ello, hacen votos para que la criatura que acaba de abrir los ojos sea feliz, viva muchos años y que todos la puedan ver crecer.

También beben para que este nuevo siglo, que acaba de nacer, sea próspero.

La pequeña de Cal Ton, que había llegado a la casa cuando el mal recuerdo de un parto desgraciado había hecho desaparecer la ilusión de seguir viendo crecer a la familia, es como una bendición del cielo para los padres que escuchan atentos sus más íntimos sueños cuando los otros tres hijos, Adelaida, Antón y Juan, ya han sobrepasado los diez años.

Le ponen de nombre María, porque el 1 de enero es el día de la Solemnidad de Santa María Madre de Dios. De segundo nombre, Manela, por no ponerle Manuel, pero queriendo plasmar bien el día del nacimiento. De tercero, Mercedes, porque este era el nombre de la difunta madre, en paz descansa, del cura que la bautiza.

Desde bien pequeña, todo el mundo, empezando por la abuela, la llamaba Manela, y es con este nombre con el que ella celebra siempre su santo, el mismo día del aniversario de su nacimiento.

Así van pasando los años, como lo hace el nuevo siglo, como los pasa el siglo veinte...

Los primeros corren felices y sin historia, sin conciencia de memoria, en el seno de una casa en la que se trabaja de sol a sol. Manela, todo el mundo lo sabe, es la niña de los ojos de su padre, una especie de muñeca de

verdad para la madre y un juguete viviente para los hermanos, especialmente para Juan que, muy pronto, siendo la niña todavía bien pequeña, se la llevaba al prado a guardar las vacas, o al gallinero a recoger los huevos de la volatería.

Manela es alegre y vivaracha, no para quieta desde que se levanta a primera hora de la mañana, hasta el anochecer cuando cansada, baldada, se va a dormir o, mejor dicho, se la llevan adormilada a la cama.

Igual se la ve correr por el corral de la casa como por la plaza del pueblo, con Moro, el perro de caza del padre, o se la oye cantar en la balconada, junto a la abuela, mientras la ayuda –dice ella– a tender la ropa acabada de lavar.

La abuela, inexorable y entrañablemente, añade:

–Sí, a caerme me ayudas... Au, quita de en medio que me harás tropezar.

En invierno, cuando el sol apenas calienta las breves tardes de la plaza, Manuela, junto a su padre, se sienta en el canto de la fuente, al abrigo del aire del norte, y contempla, boquiabierta, cómo aquellas manos tan agrietadas esculpen los objetos más sorprendentes, como si nunca hubiesen hecho otra cosa: ahora un collar para sujetar un cencerro, ahora un salero con asa para poderlo colgar, ahora una cuchara inmensa, ahora un tenedor de mango ancho, ahora unas almadreñas o incluso aquella muñeca, toda de madera blanca, bella y extraña criatura surgida de una rama de pino que demasiada masa de nieve había desgarrado. Movía los brazos y las piernas y Manuela había aprendido a hacerla caminar, y a incli-

narse y a saludar por medio de unos hilos que había que, ágilmente, estirar y soltar.

–Polichinela –dijo el padre.

Manuela la bautizó: Polichinela.

Le explicó a la abuela que:

–¡Polichinela es nombre de niño, no de niña!

Sarampión, varicela, tosferina, gripe o simplemente un resfriado trastornan la casa cuando de Manuela se trata, porque toda la familia vive al ritmo de su paso, de su voz.

Ella, sin embargo, conforme pasa el tiempo, sigue otro ritmo, el que le marcan los acontecimientos que le son más placenteros: la matanza del cerdo, porque le gusta ver cómo se llenan las tripas que serán *bulls*, *bringueras* o longanizas; el carnaval, cuando pasan saltando y corriendo, los arlequines haciendo estallar los cohetes, arriba y abajo, por todas las calles del pueblo, precedidos y seguidos por el tintineo endemoniado de los cascabeles cosidos a los pantalones de colorines; o incluso el Monumento que el Jueves y Viernes Santo ilumina todo el altar mayor de la iglesia y que en más de una ocasión ha ido a ver a escondidas, escapándose de casa, corriendo hacia el otro lado de la plaza, metiéndose en el recinto sagrado desde la oscura sacristía que ha atravesado corriendo, intentando no hacer mucho ruido para no ser descubierta...

El mayor acontecimiento sin embargo, el que más íntimamente la conmueve tan lejos donde puede llevarla la memoria, no deja de ser el día de Navidad cuando el padre llega con una naranja para cada uno...

Manuela tiene grabada en el cerebro la cesta redonda que el padre pone encima de la mesa, de la que saca y reparte las naranjas una a una. Comienza siempre con la abuela, continúa con la madre. La tercera naranja es siempre para ella. La recibe con devoción dentro del capacito que forma con las dos manitas juntas... Solo después, el padre continúa entregándolas al resto de los comensales, una para cada uno...

¡Qué cosa más maravillosa, las naranjas! Del color del sol al atardecer, jugosas como agua de rocío. Desde muy pequeña, Manela está segura, si el cielo, del que tanto le hablan, tiene sabor, sólo puede ser sabor a naranja, a naranja de Navidad, de eso está segura, ¡más que segura!

Es con el ritmo que da a los años el ir y venir de los ganados, ahora a los prados, ahora a las montañas, ahora a pacer en los pastos comunes, ahora al establo, ahora a Francia, o ahora a España, con el que Manela crece.

Aprende a rezar, a leer y a contar con las monjas de la Sagrada Familia, y después, porque no se sabe nunca, el padre, a pesar de que no todo el mundo, en el valle, lo ve bien, la hace ir al colegio francés: ¡Francia es muy grande! No deja, sin embargo, de frecuentar a las religiosas: aprender a coser y a bordar forma parte de la preparación de la mujer, y, además, no deja de ser bueno, también, el mantenerse en equilibrio entre servicios afines a cada uno de los Copríncipes. Uno no sabe nunca a qué santo habrá que rezar ni en qué abrigadero habrá un día que cobijarse...

No hay que olvidarse nunca de que los Copríncipes son los protectores de los Valles, los garantes de la independencia ante posibles agresores y, como tales, detienen y también expresan, en el día a día, lo que podría ser la misma voluntad de Dios en la tierra: por eso juzgan, mandan y disponen, por medio de sus Delegados Permanentes o de sus *Veguers* que los tienen al corriente, o si no lo hacen, pueden hacerlo, de cómo proceden,

obran o dejan de obrar, todos y cada uno de sus súbditos, en todo lugar y en toda hora y momento...

Entre sumar y restar, entre palabras en francés, rosarios y padrenuestros, Manela participa en el trabajo de la casa, primero de la mano de sus hermanos, sobre todo de Juan que siempre está dispuesto a enseñarle cómo hay que hacer para desarrollar correctamente y con destreza cualquier tarea, por iniciativa propia cuando se va haciendo mayor, porque cada uno tiene su lugar en el quehacer del día a día que mantiene la casa. Y Manela ayuda a la madre en la cocina, en las habitaciones, en la sala, en el desván, o da de comer a las gallinas y a los conejos, e incluso, si es necesario, participa en los pequeños trabajos del campo: llevar el almuerzo, guardar las vacas, rastrillar la hierba cortada en los prados...

Ayuda a ordeñar también, que por cierto no le gusta ni mucho ni poco desde aquel mal recuerdo del primer coletazo que le dio la Mala, pocos días después de que muriese la abuela...

Cada vez que la vida le juega una mala pasada, recibe la cola de la Mala en plena cara. Llena, aún, del vacío que aquella mujer arrugada, siempre vestida de negro, ha dejado por todos los rincones, no solo de la casa, sino también en las regiones más escondidas de su alma y que aflora dónde y cuándo menos lo espera, siente la cola de la Mala en la mejilla. Así, de golpe, vuelve a revivir, una y otra vez, aquel mismo y eterno latigazo...

Y se vuelve a encontrar en el suelo, justo en medio de la cuadra, ella, taburete, cubo y leche, entre boñigas y paja...

Con ganas le da un taburetazo a la Mala y se pone a llorar de rabia hasta que el Rubio, el mozo que faena con las vacas, viene a consolarla:

–No llores, que no se arreglan las cosas llorando... Mira... Hay que atar mejor la cola, fuerte, aquí arriba... Anda, ve a casa a cambiarte y ponte guapa. Sin llorar... Ya acabo yo de ordeñar a la Mala... ¡Ale, venga...!

El rubio se acerca al dornajo. Con la mano recoge agua helada, le limpia el pelo y la cara, y le acerca un pañuelo grande, de hombre, para que se enjuague las mejillas, la cara, las manos... Como hablando para sí mismo, añade:

–Ya verás, Manela, que la vida enseña, cada día que pasa... Enseña a garrotazos... A garrotazos...

La desaparición de la abuela es el primer trastorno real que conoce Manela y son muchas las noches que permanece despierta en la cama, toda la habitación a oscuras. Ve y vuelve a ver a aquella mujer vieja trajinar, sin ruido, por la casa. Recuerda su voz entrañable y cálida contándole la muerte del oso cuando iba a atacar a un grupo de segadores y que unos cazadores, a los que Nuestro Señor señaló el camino, pudieron matarlo a la entrada del pueblo; o incluso la leyenda de la formación del lago de Engolasters donde es mejor no ir las noches de luna llena, puntualiza siempre la abuela, para no encontrarse con ninguna bruja o brujo, que son mujeres y hombres que más vale no frecuentar.

Manela no ha sabido nunca si se lo contaba para darle miedo, eso de las brujas y los brujos, o si, realmente, la abuela se lo creía; con aquellos seres que pintaba malévolos y que mucho tenían que ver con diablos escupiendo fuego, de cola larga con dardos de escorpión y orejas puntiagudas, de las que hablaba el mosén en las horas de catecismo, muy parecidos a los pintados en un cuadro rojizo colgado al otro lado de la gruesa reja de hierro forjado en uno de los laterales de la iglesia y que el mosén les había enseñado un día...

Le gustaba escuchar y volver a escuchar todos aquellos cuentos, aquellas historietas, en particular la leyenda de la dama Blanca de Auvinyà. Manela se veía galopando por las montañas, toda vestida de blanco, defendiendo la frontera andorrana contra los malvados que siempre veía muy perversos con lances y espada, a los que no imagina nunca, sin embargo, con rostro bien definido, sencillamente eran los malos, los malvados a los que era preciso expulsar...

Recuerda las manos de la abuela, aquellas manos dulces y ásperas a la vez...

¿Cuántas veces la habían peinado?

Las recuerda cosiendo en la sala. La abuela sentada en su balancín, captando toda la luz de la ventana, la cesta llena de hilos y agujas, de botones de todos los tamaños, de lanas de colores mayoritariamente oscuros y de pronto en medio de todo, como acabado de poner: el huevo de zurcir calcetines... Como los de las gallinas, el huevo. Por el tamaño, o quizá un poco más grande. Pero ¡qué diferente! ¡De madera maciza y brillante! ¡No hay peligro de que se rompa!...

Y mientras la abuela cose, Manela juega que juega con el huevo que se convierte en la nuez de la Cenicienta y...

—¡Cuidado, que me lo estropearás e iremos todos con los calcetines agujereados!

Las recuerda, aquellas manos, deshojando el tabaco, las recuerda embutiendo, los días de matanza, las recuerda pasando las cuentas del rosario en tiempos de novena, las recuerda aquel día de invierno que, faenando en la cocina, se las escaldó con agua hirviendo... Aún se

percibe la marca, que a partir de aquel día, dibujó una figura extraña, rosada, entre el índice y el dedo gordo de su mano derecha.

Cuando ve la piel manchada, Manela, inevitablemente, pone siempre el dedo encima, presiona y pregunta:

—¿Te duele?

—Si me das un beso, seguro que no me dolerá nunca más —responde siempre la abuela, acompañando sus palabras con su sonrisa clara y serena que tranquiliza a Manela, que la pacifica incluso ahora.

Las recuerda haciendo punto de media, aquellas manos huesudas, arrugadas y ágiles, los dedos en continuo movimiento repetitivo, como bailarines autómatas, nunca cansados, ejecutando, incansablemente, al compás de las mismas canciones antiguas, un ritual extraño en torno a ídolos paganos, con un ritmo monótono, hipnotizador, que en las noches de desazón, Manela evoca para poder dormirse...

Es cierto que cuando Adelaida, la hermana mayor, se casó y se fue a vivir al otro extremo del pueblo, también la echó de menos, pero no de la misma manera... Además, a Adelaida, para verla, no tiene mas que atravesar el pueblo... También es cierto que cada vez va menos a casa de Adelaida... Le agrada más correr por calles y por los prados con Alfonso, María, Dolores, o ir con Juan, el hermano, cuando éste le propone que le acompañe a los prados...

Un día, incluso, Manela le arranca una promesa: cuando vaya a recuperar las yeguas a la montaña, el hermano la llevará con él... Si no hace demasiado mal tiempo.

El día de la primera comunión, esperado con impaciencia por Manela, es uno de los momentos más emocionantes de los años de infancia.

El vestido acabado de estrenar, almidonado.

Los guantes sedosos.

Los zapatos de charol brillante.

Toda ella de blanco, de la cabeza a los pies.

Y el libro de pastas de nácar... Y el cabello con tirabuzones... Y el tul... Y cruzar la plaza entre el padre y la madre, la mar de satisfecha, acompañada de los halagos de unos y otros a medida que los tres van acercándose a la puerta de la iglesia, es para Manela un auténtico paseo de princesa de cuento de hadas hecho realidad.

Antes de cruzar la portada del templo, se extienden y estrechan manos, se regalan besos y más besos a familiares, a amigos, a conocidos... Y Manela se convierte en la heroína de uno de los libros de la biblioteca de la escuela. Es la princesa que, apoyada del brazo del padre, sube la escalinata que la lleva al salón de su primer baile, donde encontrará al príncipe que la hará feliz a lo largo de toda la vida... Es también, en otro momento, talmente la propia Dama Blanca de la leyenda de la abuela...

Y mientras en su entorno se continúa hablando, ella, satisfecha y contenta, avanza y sonríe, inmersa en una nube invisible, tejida de sueño consciente y de realidad repleta de ilusión...

Escortado por dos monaguillos, el capellán, portero de la casa de Dios, vestido de gala, acoge a todo el mundo con una sonrisa de fiesta mayor, da la bienvenida a uno y otro con palabras melosas mientras organiza minuciosamente la entrada a la iglesia sin perder de vista a ninguna oveja del festivo y endomingado rebaño.

Las familias, bloques compactos, ordenados por una secular jerarquía interna, se sitúan cada una según el rango que, previamente negociado con el capellán, les pertenece, y mientras se acaba de preparar la ceremonia, Manela, ya sentada en su sitio, de reojo, mira el vestido de las compañeras de ceremonia. Ufanas y satisfechas como ella, le devuelven la misma mirada, cada una pendiente, eso sí, de no estropear el flamante vestido. Cuando el mosén, con casulla blanca de fiesta, comienza a oficiar, el altar concentra la atención de todos los feligreses.

En un determinado momento, Manela se siente observada y percibe, en los bancos del otro lado, la mirada insistente de Alfonso, que es un nuevo comulgante como ella. Se da cuenta de que es admirada y no le desagrade la impresión interna que eso le produce. Por espacio de un instante, se encuentra bella, princesa de repente, intensamente bella, por dentro. Esta es una sensación que nunca había experimentado antes y que le genera el sentimiento de haber crecido, de haberse hecho, de repente, mayor.

Al salir de la iglesia, mientras las familias cambian impresiones y comentarios, aprovechando el día

soleado de junio, sin que nadie sepa ni cómo ni por qué, dos niños nuevos comulgantes, encorbatados y encorse-tados en trajes demasiado nuevos, comienzan a pelearse intensamente, asustando a unos y otros. En el alboroto general, una de las niñas resbala y arrastra a los demás al suelo con un guirigay de risas y de lloros, de gritos y gemidos que transforman la fiesta en un auténtico gallinero.

Cuando Manela se levanta, el traje ya no tiene esa inmaculada blancura de antes de entrar en la iglesia. La rabia se la come viva y se enfrenta a quien se encuentra más cerca de ella. En un abrir y cerrar de ojos se encara con Alfonso que ríe como un bobo, le pega una bofetada en plena cara que deja al chico sin aliento, acabando así un idilio que solo había conocido el primer balbuceo de un primaveral suspiro.

Sin decir ni una palabra y con cara de enfado, Manela se da la vuelta y se va hacia su casa. Juan la sigue y le dice, burlón:

–Ahora tendrás que estar sentada... para la foto.

El hermano no puede dejar de sonreír, medio burlón, mientras continúa:

–Tampoco te sentará mal, que no paras nunca quieta... ¿Cómo quieres que los chicos te empiecen a mirar?

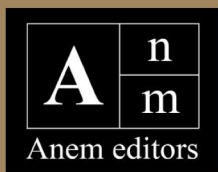
No puede acabar. Manela se ha vuelto a enfurruñar e intenta pegarle armada de pies y manos.

Riendo, Juan, como un saco de patatas y como si se tratara de un juego, se la echa al cuello de una brazada y en medio de un guirigay de gritos, de risas y de llantos, pasa el portal de la casa, se la lleva hacia dentro...

Andorra, en el corazón de los Pirineos, es un vestigio de la Edad Media que ha subsistido hasta transformarse en el estado número 184 de Naciones Unidas. La Constitución de 1993 define su régimen como Coprincipado parlamentario. Una figura única en el mundo. Su origen arraiga en el Pariatge de 1278 que pone fin al litigio que oponía el obispo de Urgel y el conde de Foix y cuyos sucesores (el obispo de Urgel y el presidente de la República francesa) son hoy en día, conjuntamente y de forma indivisa el Jefe del Estado.

La novela, *Manela (Entre fronteras)*, es una auténtica crónica del siglo XX. Pretende narrar la transformación del país después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el comercio empezó a desarrollarse gracias a los productos manufacturados procedentes de Europa que no se encontraban en España y a los que Andorra tenía acceso.

El personaje de Manela, que conduce el relato, permite entender la evolución de los valles andorranos durante el pasado siglo; revela en qué ha consistido el equilibrio de este Estado minúsculo engarzado entre montañas y encajonado entre dos Estados gigantes a lo largo de los siglos; lo hace mediante una visión que se nutre de la cotidianidad, de las vivencias del día a día, que podrían ser las de cada uno de nosotros mismos, sentidas de desde dentro —entre fronteras— para no olvidar las raíces y mantener viva una memoria colectiva que va mucho más allá de las montañas circundantes, que abarca mucho más allá del mar...



ISBN 978-99920-65-06-8

